

Mariano Picón-Salas.

LA LINEA DE LOS ROMANTICOS

(Para un retrato de Vicuña Mackenna)

DISTINGUENSE en la Literatura hispanoamericana del siglo XIX dos corrientes: una que partiendo de la serena didáctica de Bello y de las odas solemnes de Quintana, mantiene cierto tono de comedimiento clásico aun en los vivos apóstrofes con que Olmedo ve descender por los Andes la remolinante caballería de Bolívar. La Independencia también nos acercó al pensamiento inglés y norteamericano de los economistas y escritores políticos, y hasta aquella historiografía de tipo puritano que parte de la «Decadencia de Roma» por Gibbon y desemboca en los «Ensayos» de Macaulay. El mismo Bello viste su casticismo de cierta fría elegancia británica, y su concepto de la Poesía y de la Literatura está muy próximo al de la preceptiva de Addison y Pope. Pero desde el año 40 el Romanticismo está de visita en América, no precisamente con los grandes poetas sólo accesibles a una minoría sino con las fabulosas obras de intriga—Dumas, Eugenio Sué—que obligaban a trasnochar a nuestras abuelas. Aun un letrado de tanta calidad literaria como el venezolano Juan Vicente González, en un recreo de sus ocios de humanista o de sus cóleras sagradas de luchador político, escribe un ensayo sobre las novelas del viejo Dumas. Compáralo con un Nabab obscuro que hubiera venido de Oriente o mejor de las Antillas,

cargado de tesoros o más bien de la especiería imaginativa. Y estos nombres (Romanticismo, novelas de intrigas), hay que tomarlos en cuenta para juzgar hasta el proceso de formación literaria de un historiador chileno de tan teñida línea romántica como don Benjamín Vicuña Mackenna. Los celosos cofrades de la ciencia historiográfica—que en la América Española con algunas excepciones no es todavía Ciencia, sino simple Crónica—, fruncirán un poco el ceño cuando se les haga notar que en la manera como compuso Vicuña algunos de sus más sabrosos y entretenidos libros, se advierte la influencia de aquellos novelistas de intriga. Y como ésta no es sino una de las facetas de tan exuberante personalidad, no constituye para nosotros defecto sino más bien gracia y mérito.

Vicuña Mackenna como los grandes románticos de América, ha sido un autodidacto. No en el sentido tan peyorativo que la palabra tiene entre nosotros, sino en cuanto el trabajo histórico fué para él más que método y preparación de especialista, centelleo de la intuición. La Historia al estilo europeo—aunque ella sea la Historia romántica como la escribieron Michelet y Thierry, que es de quienes puede estar más cerca—no le ha interesado por sí misma sino en cuanto ella puede darle el dato pintoresco, el retrato revelador o la hazaña memorable que fortifiquen su fe en el progreso, su pasión liberal o su amor por la tierra nativa. Por ello es conjuntamente el historiador chileno que tiene más defectos, pero también más adivinaciones; el que presenta en todo momento un estilo vivo, galopante, coloreado, que suele darnos sorpresas. Un estilo que con menos premura y mayor disciplina formal, fuera el de un gran escritor. En relación con su ambiente, con el medio chileno de su tiempo, con la vida impetuosa que emanaba de su personalidad, fué un gran escritor. O es el único entre los historiadores de entonces que pueda ofrecer a la juventud de hoy

más tibio don de simpatía. Sabe evadirse del círculo arisco de la historiografía chilena del siglo XIX para buscar el detalle característico, la anécdota sonreída, el trozo de paisaje o el dicho popular. Incurre, seguramente, en grave pecado contra la Historia seria, abstracta y documental de Barros Arana y otros hombres de su tiempo, pero por ello mismo es el que tiene interés más actual. Es quien ha comprendido mejor a Portales, entre los historiadores del siglo XIX, porque era el único capaz de entrar en el análisis de tan complejo personaje con mayor riqueza instintiva. Y en medio de todo grave suceso, con intuición y gracia de novelista sabe trazar el paréntesis de descanso, el paréntesis psicológico, el encuentro de la vida. Gustemos uno de estos detalles, que marcan la inigualada gracia anecdótica de Vicuña, entre todos los historiadores chilenos:

*Fuera de sus amoríos, ofrecían a Portales las mejores distracciones en su retiro tres bufones de que se había rodeado, llamados Mujica, Torres y Montoya y que constituían su única servidumbre. No le despertaba ya como en Santiago, con su arrogancia heroica Adalid Zamora, ni le montaba la guardia a la puerta de su dormitorio, armado de una escoba Diego Bórquez, ni por último sentaba a su lado en las horas de comer a don Isidoro Ayestas para teñirle la cara con harina, o dar a su capa peor uso que a su cara. Pero en cambio, Montoya le hacía de comer, Mujica era su mayordomo de servicio y Mateo Torres su *valet de pie*, nombre apropiado en esta vez porque éste tenía sólo dos funciones en la casa: lustrar los zapatos de don Diego y zapatear. Poseía este imbécil, a quien hemos conocido en la niñez y vive aún arriando puercos entre la Ligua y Valparaíso, un excelente oído para la música; y golpeándole las manos, su amo que lo tenía mejor, se «desaparecía zapateando, cualquiera que fuese el lugar o la ocasión. Mujica era un tonto más grave, al estilo de los tontos de Chile, y como tuviese mal genio, el placer favorito de Portales era chismearlo con sus dos colegas y hacer que en su presencia se rompieran los tres las narices a moquetes.

Había también en la Placilla, especie de ínsula Barataria en aquel tiempo, un respetable caballero llamado don Pedro Prieto,

cuyo huerto de lúcumos es todavía el lujo del valle, hombre bueno y respetable, pero tan extremadamente gordo que, según el decir de las gentes del lugar, estando sentado a orillas del brasero, tenían que pasarle la brasa para que encendiera su cigarro, pues su colosal abdomen hacía eclipse entre el tabaco y el fuego. Sabía don Diego que aquel caballero era el Sancho de la ínsula, y no queriendo ejercer sobre su honrada persona la tiranía de *Tirte afuera*, le convidaba todos los días a su mesa, haciendo sonar una corneta en lo alto de la colina cuando estaba aquella servida. Y el ver sudar, quejarse, trepar y comer, al fin, al buen don Pedro, era la algazara de Portales cada día. Habíase hecho ya común estribillo entre los muchachos del pueblo, y no sin cierta sal picante alusiva a la afición culinaria de don Pedro, el decir cada vez que sonaba la corneta:

«A comer y a almorzar
que ya llama el Capitán».

Era también vecino de la Placilla por aquel tiempo un tal Hernández, herrero y tuerto, vulcano a las derechas, con apéndices de pámpanos de vid, porque era aficionadísimo a las parras. Don Diego entreteníase a veces en carearlo con su vecino don Pedro, pero acechando el ojo seco del herrero, a fin de que éste hablara de la glotona barriga de aquél y éste, a su vez, enfadado, acusara a Hernández de borracho».

En la decoración de este paisaje rural—paisaje con sauces, parras, agua clara y alegría de vino: paisaje verde y soleado del valle central de Chile—el historiador recoge un rasgo precioso del carácter de Portales: entiende aquella pequeña crueldad, y la travesura juguetona, el ánimo de «pitanza» en el mejor sentido chileno, que caracterizó algunos actos del gran estadista. Por eso es el «*Don Diego Portales*» de Vicuña, la mejor biografía escrita en Chile; y en este auge contemporáneo de las biografías, ofrece para los lectores de hoy la sorpresa de un descubrimiento.

La Historiografía chilena del siglo pasado, no podía ser Historia, en el sentido que daban a la palabra Ranke, Niebuhr o Mommsen. Era un género literario que forzosamente debía lindar con la antigua crónica. Pero entre todos los historiadores criollos es Vicuña si no el más exacto, el que poseyó más viva intuición

histórica. La historia social de Chile, ésa que escapaba a los cronistas de lo externo, de los hechos meramente públicos, no tiene entre nosotros antecedentes mejor que libros tan cargados de adivinación y de vida, como la «*Historia de Santiago*», la «*Historia de Valparaíso*», la «*Guerra a muerte*» y otras coloreadas monografías del gran polígrafo. Por otra parte, su ascendencia inglesa, su espíritu de hombre inquieto y caminador, la plasticidad de sus ojos y un cabal conocimiento de la literatura de viajes referentes a Chile, le han dotado de un sentido geográfico de que carecieron casi todos sus contemporáneos. Presiente las relaciones entre la Historia y la Geografía; intuye la Geografía Humana y nos ha dejado documentos de un valor geográfico inapreciable como esos itinerarios por Chile («*De Valparaíso a Santiago*», «*Al galope*», «*Exploraciones de la Laguna Negra y del Encañado*», «*La Patagonia*», «*La Agricultura en Chile*»), donde el geógrafo y el sociólogo de hoy encuentran todavía mucho que bucear.

Y una prestancia ciudadana que en lo físico es la de la gran frente y los airosos bigotes o la barba, de león de los retratos, y en lo moral su liberalismo siempre despierto, sus campañas de opinión cuando la Guerra del Pacífico, hasta su labor de buen jardinero cuando dota al horizontal Santiago de 1870 y tantos, de chatos aleros y bajas casas, con un jardín colgante sobre la histórica roca de Huelén. Es historiador a quien el pasado le sirve como advertencia presente: y si estudia los crímenes de la Quintrala o las torturas que impuso la Inquisición al novelesco personaje Francisco Moyén, es porque está enseñando a la clerigalla ofensiva y hambrienta de primacía de su tiempo, una lección provechosa. Era ese bello tiempo romántico de las luchas doctrinarias, que ponían a cada hombre en la tensión de una apostura.

Así elementos muy diversos, la pasión por las nove-

las de intriga leídas en la niñez y adolescencia que dejaron en su espíritu el interés de los raros personajes, algunos galicismos, cierta peculiar manera de distribuir la materia de sus capítulos; los libros de viajes y la propia observación que le dotaron de visualidad geográfica, la vigilancia de su doctrina liberal, y un efectivo amor al pueblo —al roto de las campañas del 79, con su valor frío, su vida exuberante, su legendario y su anécdota,—ponen a Vicuña Mackenna en la línea coloreada de los escritores románticos. Pero un romanticismo de firmes contornos, de jugosa plasticidad, bien enraizado en la tierra como el de Sarmiento, como el de Pérez Rosales.